



## **El plano cartesiano de Margarita y el hombre de la bolsa**

Natacha Sagardía

Iba caminando por la calle y la sentía suya. Los tacos de las sandalias negras de cuero sonaban sólidos contra el cemento. El eco de cada paso anunciaba su camino entre las alcantarillas, los pedazos de cemento empinado a la prisa, las tapas de acero que cierran el agua y algunas losetas sobrevivientes al “desarrollo urbano”. Sentía que la calle estaba cargada como una olla a presión que ruega por una explosión. El calor le daba en la cara y las gotas de sudor le jodían el cabello recién planchado. Podía sentir esas gotas levantando, en perfecta humedad, los pelitos que se encuentran justo al lado de las orejas.

Estaba vestida de negro y la voz de su madre se adueñaba de su pensamiento; parada, en puntas de pie, vestida con el traje negro con dos moños de terciopelo que dibujaban sus hombros, mientras le decía: “La ropa negra es muy elegante”. Lo era sin duda, se contestaba a sí misma mientras caminaba, pero también se preguntaba: ¿Quién carajos se viste de negro en esta isla con el calor que hace en verano? Yo, aseguró en sus pensamientos. ¡Nadie más que yo!, dijo y luego continuó en voz alta: “Porque soy una excelente masoquista por tradición”.

Mientras atravesaba la calle Loíza la sentía parte de ella. El calor empezaba a dejarse querer y ella se soltaba ante su sofocante bienvenida. Vio a lo lejos a un hombre que llevaba bolsas amarradas a todo el cuerpo. Un vagabundo con barba y retazos de telas sucias que se movían al compás de su aletargado paso. La acera por la que iban transitando se volvía más angosta con cada paso. Los postes de la luz jugaban a ser árboles caprichosos que crecen en cualquier ruptura del cemento, donde la tierra se apropia de su lecho. A falta de ramas, de esos postes brotaban un



interminable cruce de cables atados unos a los otros con agarres corroídos por el salitre ventajero.

Bajó la vista, sus ojos desenfocados por el sol intentaron apuntar al hombre que componía su dirección. Por algunos segundos, él era sólo una mancha en contraste, una sombra sin definición que ocupaba todo el espacio de la acera. Apretó los ojos, quería verlo mejor antes de que se encontraran. Históricamente contó los pasos que le faltaban para cruzarse. Estimó unos cincuenta en línea recta, en la misma velocidad, y se imaginó que estaba atravesando la tabla de valores desde el cero por el eje de la X y que él se movía al cuadrante negativo de la distancia que los unía.

Se dio cuenta que empezaba a bajar el ritmo de sus pasos. Estaba consciente de estar haciéndolo, pero a la misma vez no podía encontrar una razón coherente. Faltaban unos treinta y ocho pasos y la puerta del negocio que vende verduras, a la altura de la calle Wilson, se abrió. Una mujer muy gorda salió con un cubo lleno de agua y lo tiró justo al frente de los pies de Margarita, exactamente delante de la sucia alcantarilla. Paró en seco, reuló hacia atrás con el instinto de una yegua que, asustada, levanta el hocico y mueve las patas a la vez. Se sorprendió de sus reflejos y fantaseó con la idea de que en otra vida, tal vez, usaba jaquimón y respondía al tirón de la mano de un jinete.

Por unos segundos dejó de pensar en el hombre de las bolsas negras, ya no podía verlo. La puerta los separaba. De pronto, la señora, sorprendida por los reflejos de Margarita, subió la vista desde el suelo directamente hacia los ojos de ella y le dijo:



- ¡Ay bendito es que no te vi!, *peldona* sabes, es que estoy aquí bregando con *to'ó* a la vez...

Margarita no pudo contestarle, le tomó algunos segundos despegarse del trance en el que se sentía. De alguna manera su memoria la había transportado a su niñez, especialmente a los pisos de la casa de su abuela paterna, llenos de losetas con surcos. Para lavarlos su abuela tiraba cubos y cubos de agua con jabón, para luego ejercer poderosa fricción con la escoba, siempre guiada con la fuerza que sus antebrazos le permitían.

La señora, al ver que Margarita no reaccionaba, se apoyó en la pierna de atrás, paró el pecho y mientras se secaba el sudor de su cara brillante, le soltó:

- ¡Mera hija! ¿Qué es lo que te pasa a ti? Si es un poco de agua sucia, no es para que hagas un show ahora.

Margarita no se inmutó ante la agresividad de la señora. Con los ojos en los de ella, pero su mirada perdida en la niñez, observó la mano de la señora acercarse hacia su cara y chasquear los dedos ... sólo ahí, Margarita volvió a donde estaba, a la calle Loíza.

- ¡Disculpe señora! Me fui en un viaje. Por favor no se preocupe, no pasa nada. Aunque si me permite decirle algo, creo que la puerta no debería abrir hacia la calle, es un peligro.

- ¡Ya lo sé!, ¡Es que con estos hombres con los que cuento, me llevó él que me trajo!

La señora bajó la guardia y cambió el semblante. A Margarita no le importó la violencia de la doña; más bien le gusto saber que esa mujer se había sentido lo suficientemente cómoda con ella



como para quejarse. En ese proceso racional, la cabeza de Margarita volvió a sus clases de política latinoamericana en la universidad de Puerto Rico y recordó las palabras de su querido profesor: "La queja es el lenguaje del sentido común". Rápidamente reflexionó que, tal vez, la empatía es revolucionariamente peligrosa.

Seguía perdida en los chispazos incontrolables de sus neuronas, todo en los segundos que duró esa interacción, cuando de repente se escucharon gritos desde el interior del local.

- ¡Yoli, ven acá coño!

La señora volvió a su rostro de enojo y al pecho parado defensivo, dio media vuelta y ya dándole la espalda a Margarita, respondió con una voz ronca y profunda hacia adentro del local:

- Pedro, deja la jodienda ya, voy *pa' lla* ahora.

Margarita miró curiosa hacia adentro del negocio. Un flaco y huesudo viejito, con gafas que parecían visores galácticos y gorra de veterano de Vietnam, levantaba una *Silver Key* hacia la cara de la señora en perfecto gesto de queja.

- Dame otra, Yoli, que tengo la lengua seca y el riñón hambriento.

Yoli caminaba en su dirección con las chancletas gastadas y tropezándose con cada una de sus pesadas nalgas, que iban abriéndose paso sobre las flores marrones y amarillas que adornaban el piso centenario de lo que había sido un hogar algunas décadas atrás. Definitivamente, ese negocio vendía algo más que verduras, comprobó. La puerta se cerró detrás de ella y las quejas del cliente con ganas de más. Se pasó la mano por encima de los dedos mojados de sus pies que



se asomaban por las sandalias cocidas de cuero negro. Cuando se reincorporó para seguir caminando, volvió a parar en completa solidez.

El hombre estaba frente a ella. Podía oler el rancio sudor pegado en su piel, como capas que condenan el cambio. Ella notó, en su larga barba, pelos que se cruzaban en distintas direcciones y se enredaban sin remedio, vagos en su abandono. Esta vez no relinchó ni reculó. Ya no se sentía hermana de los equinos, tampoco dueña de la calle. En ese momento, el calor no existía y su ropa no tenía ninguna importancia.

Estaba sola, en ese cuadrante de la X frente a un hombre que no se movía y que la estaba mirando sin precaución y sin cautela. Se sentía pegada al piso, sólida como una roca en reposo y cómoda, extrañamente cómoda en una situación tan incómoda. Se encontró con los ojos verdes de ese hombre y sintió la profunda tristeza que en ellos habitaba. Reconoció que su respiración bajaba, como si en realidad ya no estuviese respirando, pero si podía olerlo, ¡Ay Dios Mío!, cómo podía olerlo.

En un esfuerzo titánico, se animó a moverse, pero la acera era tan angosta que uno de los dos tenía que bajarse de ella o pasar de costado. Decidió bajarse de la acera por el lado izquierdo y él tuvo la misma reacción, exactamente en el mismo momento. Tronchada la salida, el intercambio era inevitable. Sacó fuerzas y lo miró de nuevo a los ojos sonriendo nerviosa. Él no respondió. No dijo nada, ni siquiera cambió la expresión de su cara. Margarita sintió miedo. Estaba tan cerca de él, era tan fuerte la atracción hacia ese ser desconocido, que ninguna experiencia previa de vulnerabilidad funcionaba como barómetro.



Pueden haber sido segundos los que pasaron, tal vez minutos. Cada uno con un pie en la acera y el otro en la calle. El hombre de las bolsas y Margarita parecían títeres manipulados por algunos extraños cables, bajo la creatividad de algún sabio curioso. Él la miraba justamente al centro de sus ojos, en el punto exacto donde la periferia óptica no tiene referente. Su mirada atrapó a Margarita en un estado meditativo. Tanto que no podía despegarse. El magnetismo que emitía ese encuentro la llevó a perderse en la profundidad de su propio reflejo en los ojos de él. De repente, como si estuviera revelando un negativo fosforescente y oscuro, lo reconoció. Era él, el miedo ingenuo que un intrépido psicoanalista exploraría, el temor escondido en la memoria sutil de su niñez. Todas las noches, antes de ir a dormir, su abuela paterna cerraba las ventanas de aluminio ya gastadas. Entre las pequeñas aberturas que quedaban entre una rendija y otra, las sombras de la calle se colaban en la habitación haciendo dibujos efímeros sobre la pared.

- ¡A dormir Margarita, a dormir! Que si no viene el hombre de la bolsa a buscarte.

Margarita imaginaba a ese hombre parado detrás de las ventanas, espiándola, esperando el momento oportuno para llevársela. Apretaba las sábanas y se tapaba hasta los ojos, dejando el derecho entreabierto, siempre en estado de alerta constante. Eventualmente, Margarita lograba dormirse, pero la ansiedad de volver a sentir su presencia en la noche la perseguía durante todo el día.

Ella creció y olvidó que ese miedo habitaba en su ser, pero reconoció que lo había sentido toda su vida plasmada en distintas formas y en diversos momentos. El hombre que venía a buscarla se había convertido en un deseo. Desearlo la hacía sentirse vulnerable y a la vez como



una guerrera. Encontró en esos ojos la valentía que necesitaba para lanzarse a la aventura de enfrentarse cara a cara con su miedo más fiel.

Margarita inhaló profundo. El olor del hombre llenó sus pulmones y, en un movimiento continuo de exhalación, levantó su mano izquierda y la posó en aquel hombro. Él seguía mirándola a los ojos, ahora con cierta ternura, y sin decir una palabra imitó el movimiento sólo que con su mano derecha. Margarita sintió un vacío profundo en el estómago, juraba que podía sentir sus tripas moverse, su corazón latir, sus piernas bombear la sangre y también podía sentirlo a él.

La calle Loíza se había callado. Ella y él, él y ella, y sus manos en los hombros de cada quien. Una pierna encima de la acera y otra abajo, en la calle. "No hay convenciones sociales que encuentren esta escena normal", volvió a razonar Margarita. No las había, pero no le importaba. Después de todo, la vida no es más que la interacción de variables en un tiempo y espacio determinado por un íntimo plano cartesiano. Ese tiempo y ese espacio eran el resultado de lo que se había vivido para poder reconocer la valentía de dejarse sentirlo.

Una pisorre camino a Llorens Torres venía en la dirección de ambos. El encuentro llegaba a su fin. Margarita estaba lista para seguir su camino y trascender la intersección, pero el hombre le arrancó ese pensamiento cuando la tomó por la cintura con su mano izquierda, la subió a la acera con un determinado tirón y después de soltar las bolsas que llevaba, le preguntó:

- ¿Bailamos?...



Ella abrió los ojos sorprendida, llena de felicidad, llena de esperanza. Se quitó los zapatos negros, acomodó la mano de él en su cintura y, entregada hasta la médula, le contestó:

- ¿Por qué no?

El Gran Combo sonaba en el balcón de la casa que tapaba sus cabezas del sol:

“Que tú me tienes temblando de noche y de día.  
Tú me hiciste brujería.  
Me quieres mandar pa' la tumba fría.  
Tú me hiciste brujería.  
Bruja, bruja, brujita.  
Tú me hiciste brujería.  
Brrrrrr, demonio.  
Tú me hiciste brujería.  
Me echaste, no sé qué, en la comida.  
Tú me hiciste brujería.  
Siento una cosa fría.  
Tú me hiciste brujería...”

Y para todos los demás transeúntes de la calle Loíza, ese sólo era un día más.